

tarian, no, en el corazon humano sin su permiso. Imposible que pueda que rer en mí el bien y el mal á un mismo tiempo. Imposible que trace un camino á mi fé y otro camino á mi vida, cuando ha trazado una sola órbita á los astros. Su voluntad reina sin rival en los cielos y en la tierra. Lo mismo rige el atomillo caído de las ténues alas de una mariposa que el pensamiento encerrado en las escrituras eternas. Lo mismo llueve el torrente que troncha un árbol ó desgaja una montaña y la amarga lágrima que tiembla en mis párpados. Por consiguiente, si mi amor ha nacido, él con su aliento lo ha engendrado; y si lo ha engendrado él no puede menos de ser bueno y santo. Déjame, pues, buscar la correspondencia á mi pasión como el ciervo sediento busca el manantial de agua viva; déjame arrullarla como arrulla la paloma ó la tórtola en el bosque; déjame circuírla de todos mis cuidados como circuyen los pájaros sus nidos y sus cuevas las fieras; yo solamente sé, que amo sin remedio á un mortal y que debo entregarme sin resistencia á la fatalidad de ese amor.

—Arquitecto de los cielos y de la tierra, dijo Miryam fijando los ojos en las alturas, despues de haber oido los juicios escapados al vigoroso razonamiento de Sobeiya, no me abandones á mi soledad, puesto que imploro á grito herido tu auxilio. Libértanos de las llamas infernales y condúcenos al celestial eden. Escuchamos la voz de tu Profeta que nos conjuraba á creer en Dios, y hemos creído. Leímos las leyes diversas que nos mandaban practicar el bien, y lo hemos practicado. Que las naciones infieles no se sobrepongan á los creyentes; y que en el dia de la resurreccion no aparezcamos en tu presencia cubiertos de miseria y de oprobio.

—Rey de los cielos, dijo á su vez Sobeiya, invocando tambien al Dios de sus padres; tú, que puedes convertir los tigres en corderos y las palomas en águilas; poner sobre la frente del esclavo la diadema del sultan, y en las espaldas del sultan los latigazos de la servidumbre; trocar el dia en noche y la noche en dia; extraer de la vida la muerte y de la muerte la vida; consumir con un soplo de tu aliento las flores de nuestros jardines y transformar en flores las arenas del desierto; hacer de las estrellas luciérnagas y de las luciérnagas estrellas; tú debes conjurar mis males y proceder de suerte que el infiel se convierta á la fé, ó tu misericordia perdone mi infidelidad.

—Sobeiya mia, cuando los coreiquitas dijeron á Mahoma que adorase durante un año su Dios y ellos adorarian durante otro año nuestro Alhá, el Profeta les contestó, en nombre del Eterno clemente y misericordioso: «No adoraré ¡oh infieles! vuestros simulacros, no adoreis vosotros mi Dios: vuestro culto y mi culto son incompatibles: mi religion nada tiene que ver con vuestra religion: guardad vuestra creencia y yo guardaré la mia.»

—Entre dos sectas no puede haber ni amistad ni armonia; porque los

sectarios se aborrecen y se exterminan. Pero puede y debe haberla entre corazones que se buscan y que se encuentran por la fuerza misteriosa del amor.

—Sobeiya.

—Miryam.

—¿Estás decidida completamente á continuar hasta el fin ese amor?

—Decidida. Solamente puedo vivir en compañía de mi dulce nazareno.

—Pues bien, escucha.

—Escucho.

—Corres los mayores peligros.

—Nada me espanta ya en el mundo sino su desamor y su ausencia.

—Tiembla, cuitada, infeliz, á los rigores de tu padre.

—¿Cómo quieres que tiemble á los rigores de mi padre cuando no tiemblo á los rigores de Alhá?

—Impera sobre tí misma.

—Mi voluntad bien quisiera; mas se ha rendido esclava completamente al amor.

—Mira lo que haces.

—Mi dicha.

—Tu desdicha eterna.

—Írme en su compañía por las tierras del andaluz, sobrecuyos minaretes granadinos todavía cantan los muezines las oraciones de la mañana y de la tarde. Por las ruinas de Rusafa, ó las orillas del Guadalquivir, veremos la palma que plantara la mano del califa-poeta, y oiremos el romance confundido con las estancias del caudaloso rio. Mi amado, si tú quieres, al rezar una oracion cristiana y convertir sus ojos á los versículos del Evangelio, en vez de convertirlos á las suras del Koran, me parecerá el ángel de la leyenda, que, desterrado del cielo por no haber querido hincarse ante el primer profeta, ante Adan, todavía conserva en el destierro y en la desgracia su celestial hermosura. Y veré la tierra que el sol dora con sus más espléndidos rayos y que el mar besa con sus más plateadas espumas. Y tras el muro ceñudo descubriré el patio alicatado, donde los limoneros llenos de frutas de oro y de flores de azahar menean las ramas al compás de las aguas que saltan de la marmórea fuente. Y tras el patio, la mezquita que el halcon del desierto trajo en su idea desde la oriental Damasco á la romana Córdoba para guardar en el Mirhab deslumbrador los libros del Profeta. Y los fieles besarán mis plantas despues de haberlas visto hollar un sitio más religioso y más querido que la misma Caba. Y mi oracion, no consumida en el fuego de mi amor, pues el nazareno podrá robarme el alma, pero no robarme la creencia pegada á mis carnes y á mis huesos; mi oracion, decia, tendrá tanto poder que derribará por el suelo como frágil pabellon la Iglesia de

Cristo con que los infieles han querido inútilmente profanar el templo eterno de Alhá.

—¡Ilusa! Cuando hayas caído en brazos del nazareno ¿crees que podrás entregarle todo tu sér y guardarte la fé de tus padres? Imágen será tu vida de ese mismo templo de Córdoba que ahora invocas: aunque guardes la palabra del Profeta en los labios y lleves la vestidura de tu gente sobre el cuerpo, acariciarás la fé de Cristo en los recónditos senos de tu corazón enamorado. Al divisar el templo pedirás á Alhá que aumente el esplendor y la magnitud de su casa; al entrar, que abra para tí la puerta de la clemencia y cierre la puerta de la infidelidad; al divisar el Mirhab, que te retenga en aquel lugar de salud y te preserve del eterno fuego; al postrarte, que te eleve de las sombras de la tumba al esplendor de la gloria; pero tu esposo, en el silencio de la noche, en el seno de tu lecho, en los momentos de amor, se llevará consigo como tus ardientes besos tu fé y tus creencias. ¡Infeliz!

—No, Alhá me dió la fé y Alhá me dió el amor. Si ambos presentes son suyos ¿puede perderme con el uno y salvarme con el otro? ¿Puede el uno ser el bien todo en sí, por sí, mientras el otro todo el mal? No lo creo, no puedo creerlo, aunque me lo jureis. El bien es siempre bien; y el mal es siempre mal. De Dios proviene la fé y de Dios proviene el amor. No pueden provenir de él, no, en manera alguna, la verdad y el error, el mal y el bien á un mismo tiempo. Yo creo y yo amo á la par, Miryam amiga, por mandato de Dios, déjame en paz con mis creencias y mis amores.

—¡Ciega! no ves el abismo á que corres.

—Veo el amor que me inspira.

—Morirás en esta porfía.

—No me importa la muerte.

—Parece imposible tanta tenacidad en tan cortos años.

—El que hace de una brisa un huracán, puede hacer de una niña un héroe.

—Y tú dices que amas al nazareno.

—Como el girasol ama al sol, como el ruiseñor ama á su nido.

—Pues no le amas.

—¿Cómo vas á probarme eso cuando hace tanto tiempo que porfías conmigo para que desista de ese amor y no has podido obtener cosa alguna?

—Si amaras, ya que no vieras las propias desgracias, los males propios, el abismo á que corres, la perdición eterna en que te precipitas, verías la muerte que sobre la cabeza del nazareno se cierne.

—¿Qué dices? ¿Qué cuentas? Alhá bendito, es verdad. Mi amor puede perderlo. La cortante cimitarra de mi padre puede segar su cuello. Desprecio todas las desgracias que me amagan; pero no puedo despreciar las desgracias que amaguen á quien amo mucho más, pero muchísimo más, que

á mí misma. Créelo; tomaré toda clase de precauciones para preservarlo de cóleras terribles. Créelo; moriré antes mil veces que consentir un daño para él. Mas quiero verlo, debo verlo, y voy á verlo, suceda lo que suceda, y haya tras mis resoluciones primero la tumba y despues el infierno.

—Detente.

—No me detengo.

—Piensa en él.

—Pienso en mi amor.

—Vale mas caer en el fuego infernal que penetrar en su frio calabozo.

—Pues voy á su calabozo.

—Que Alhá nos salve.